

meros denunciadores de los peligros de la ilusión argentífera. Y utilizaron ampliamente el consejo y la asistencia de los economistas contemporáneos suyos, Uztáriz y Larruga, Ulloa, Ward, Jovellanos. Al finalizar el reinado de Carlos III, España, convalecida de sus padecimientos económicos, renacía en su condición de gran potencia industrial y marítima. Hasta las colonias participaban de su renacer.

Enmarcado en este cuadro, Ulloa construye su plan de reindustrialización, echando mano, hasta la franca inserción, de las observaciones de Uztáriz; acudiendo al ejemplo británico, para proponer la copia de las Actas de Navegación de Gromwell en beneficio de la marina española; y poniendo a contribución su propia experiencia de alcalde de Sevilla, único puerto todavía de comercio con América, para complementar los detalles arancelarios, fiscales y marítimos de su proyecto. Refiriéndonos a este movimiento de la voluntad esclarecida española en el siglo XVIII, lo hemos llamado alguna vez, "primera reincorporación de España al progreso moderno." El ideario de Ulloa y sus contemporáneos, convence de que conocían todas las fallas de la organización feudal, teocrática y absolutista y trataban de dar a España una estructura, desde las bases económicas, muy semejante a la forma moderna que el libre examen, el iluminismo y el enciclopedismo prepararon para Inglaterra, Francia y Estados Unidos en el siglo XIX, es decir, una estructuración democrática. La tesis económica de Ulloa, en sus rasgos principales, consistía en aplicar medios racionales y adecuados para librar a España de la piratería que despojaba su comercio, y también de los monopolios extranjeros, como el asiento de negros, que completaban su destrucción. En librar a las colonias españolas del tábano de las Antillas contrabandistas y filibusteras, que se alimentaban del continente. En restablecer las pesquerías como base del desarrollo marítimo, y afirmar éste adoptando el sistema de transportar los frutos nacionales en barcos nacionales. En establecer el tráfico directo a las colonias desde la metrópoli. En establecer fábricas textiles para aumentar la población, mantener el comercio, evitar la fuga del oro, y cambiar telas por los productos de América. Ulloa proponía establecer en América siembras e industrias complementarias de las de la metrópoli. Estimular, mediante impuestos sólo no

minales, la exportación de manufacturas, facilitando a la vez la introducción de materias primas. Quería la unificación imperial, reservando el mercado de América para la economía peninsular. La supresión de alcabalas y trabas internas al comercio. Y por último, como digno de interesarnos hoy, la reducción de impuestos sobre los salarios y productos de consumo de los trabajadores. Ulloa reconoce que "es indispensable que los jornales sean equivalentes al sustento del trabajador", y la exorbitancia de precio de los abastos, la reduce a tres causas: la mala disposición de caminos, la falta de navegación de ríos y canales, y los crecidos derechos que pagan y mala forma que se tiene en cargárselos, cobrando no sólo derechos de los fletes de su conducción, sino también derechos de derechos. Los recargos por esta causa, los ilustra con el ejemplo del trigo, que suele valer en Andalucía 30 reales la fanega cuando en Castilla no hay quien lo pague a 10 reales, y por el contrario, según las cosechas del país.

Por lo general, las vistas de Ulloa no se apartan mucho del programa de reconstrucción hispánica de sus contemporáneos estadistas, programa que, por el tremendo interregno de retroceso que significaron los reinados desde Carlos IV hasta Alfonso XIII, coincide todavía asombrosamente en muchos puntos con el plan progresivo de la república de trabajadores iniciada en 1931, sobre la cual ha concitado la tradición feudalista, lo mismo que contra la Francia del 93, la furia destructiva de todos los poderes absolutistas (hoy fachistas) de Europa. A Bernardo Ulloa, que se distingue por su vigorosa documentación práctica, por su experiencia y clara exposición, podemos estudiarlo así como un exponente del proteccionismo industrial, de cepa colbertista, que Alberoni importó con sus fábricas reales en España; como un expositor mercantilista gestionado por el fiel de la balanza de comercio; como un patriota desengañado de la política ignara y desastrosa de la dinastía austriaca en los dos siglos siguientes al Descubrimiento; y finalmente, como un observador, un verdadero economista, en contraste por sus dotes de observación y seriedad de pensamiento, con la farragosa pirámide de inepticias del arbitrio. Ulloa tiene derecho sin duda al lugar distinguido que ya le asigna la crítica mo-

Pasa a la página 60.